

EL JUEZ DE PAZ.

REVISTA LITERARIA Y CIENTÍFICA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Por un mes en todas las provincias de España 4 reales.

Saldrá los dias 1º, 7, 13, 20 y 26.

MORALIDAD, INSTRUCCION
Y RECREO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se suscribe en las librerías de Guasp, Colomar y Muntaner en donde se dirigirán los pedidos.

FESTEJOS

con que se solemnizó en esta ciudad la proclamacion al trono de España del Rey D. Fernando VI, hijo del primer Borbon, durante los dias 6, 7, 8, 9 y 10 de Enero del año 1747.

(Continuacion.)

No podemos pasar sin hacer mencion del aspecto que presentaban los edificios públicos en aquellas memorables noches. La plazuela de las casas del Sindicato estaba iluminada y cubierta de bordados tapices. Habíase erigido en ella una hermosa perspectiva de orden Corintio, en cuyo centro, debajo de un pabellon de damasco carmesí se veía el retrato del señor Rey de cuerpo entero, pisando dos mundos, con este rótulo: *Unus non sufficit Orbis.* Rodeaban el Real retrato numerosas y brillantes luces, ocupando los lados de este trono cuatro estatuas bronceadas que representaban las cuatro virtudes. En lo mas superior de la fachada y sobre una elevada pirámide estaba colocado el Real escudo de armas de S. M. y servia de remate á esta obra la efigie de la Fama en ademán de hacer sonar la trompeta.

Los padres de la Compañía de Jesus quisieron tambien distinguirse obsequiando á S. M. En la puerta principal de la iglesia de su colegio colocaron un lujoso altar en que se veía arrodillado á los piés de Jesus y de María el nuevo Monarca, al natural, ricamente vestido y sacrificando al divino Redentor su corona y cetro. Las paredes de la espaciosa plazuela estaban colgadas de damascos, y sobre estos se leian mas de treinta composiciones poéticas dedicadas al Monarca, con tan armoniosa consonancia, que desde luego se conocia que las musas habian querido tomar parte en aquellos festejos. Por las noches aparecieron iluminados con numerosas luces la azotea, el campanario y la plazuela.

Los dominicos adornaron tambien la portería de su convento, formando juego con la iluminacion de

la casa del Escmo. Sr. D. Gregorio Gual Desmur y Pueyo, Teniente general de los Reales ejércitos de S. M., colocando tambien un altar en que se veneraba el retrato del rey, rodeado de luces.

Todos los demás conventos de religiosos y de religiosas, rivalizaron en solemnizar cumplidamente la promulgacion del nuevo Monarca, distinguiéndose al mismo tiempo todos los vecinos y en particular el Sr. D. Antonio Puigdorfila, caballero del hábito de San Juan y Bailío de Mallorca, quien se esmeró en el adorno é iluminacion de la casa del Temple.

Terminaron los festejos del segundo dia con un gran baile que dió en su casa el Alférez Mayor Sr. D. Francisco Dameto y de Togores Rocaberti y Oleza, el cual convidó á toda la nobleza y autoridades, obsequiándolas con un suntuoso refresco.

III.

Dia 8 de Enero.—Tercero de los festejos.

En este dia á las once de la mañana se archivó el Real pendon, para cuyo objeto se reunió el M. I. Ayuntamiento, reforzándose la guardia con dos compañías de granaderos del regimiento infantería de Sevilla, las cuales se colocaron al rededor del tablado, en donde estaba espuesto el Real pendon, el que fué sacado por el Sr. Alférez Mayor, acompañado de todo el Ayuntamiento y de la nobleza y descendiendo á la plaza en medio de los vítores y de las descargas de la fusilería, entraron en la casa Consistorial, donde quedó depositada la enseña.

La noche de este dia estaba destinada á los gremios de menestrales, los que tambien por su parte quisieron festejar al Monarca. Al anochecer la ciudad apareció completamente iluminada como en los dias anteriores y á la luz de aquellas luminarias salieron á caballo los gremios, distinguiéndose cada uno por su diferente trage. Abria la marcha un clarín seguido de dos menestrales á caballo, lujosamente ataviados, y detrás los gremios por orden de antigüedad.

Los maestros birreteros, por ser los mas moder-

nos, iban delante vestidos de moros y cubiertos por un capote con cogulla.

Los tintoreros de seda, en trage y avíos de volantes, hermoeados con variedad de cintas y tonetes blancos y encarnados.

Los medidores y tragineros de aceite, vestian sayas encarnadas.

Los torcedores de seda y terciopeleros, trage valenciano con monteras y alpargatas.

Los molineros de viento se transformaron en segadores.

Los medidores de trigo y cribadores se disfrazaron de damas á la francesa.

Los sogueros se vistieron á la inglesa.

Los manteros lucian trage negro, con crecidas barbas.

Los talabarteros, vestian trage de guerreros con cota de malla.

Los terciopeleros, de mugeres á la mallorquina.

Los cordoneros, vestian mitológicamente figurando cada uno una diosa.

Los sombrereros, de golillas con descomunales sombreros.

Los esparteros, de blanco con capa negra.

Los corredores de coll, de estafetas.

Los molineros de agua, de cocineros con cuchara y mandil.

Los curtidores, de peregrinos.

Los tragineros, de mugeres á la catalana.

Los hortelanos, de pastores con cayado y demás accesorios.

Los albañiles, de barbero con valona y sombrero de dos alas.

Los horneros, de estudiantes con sotana y manteo.

Los tejedores de lino, de abates romanos.

Los alfareros, de viudas con trages ridículos.

Los cuberos, de astrólogos con sus correspondientes instrumentos.

Los carpinteros, de saboyanos.

Los zapateros, de portugueses.

Los sastres, á la española antigua.

Los tejedores de lana, de griego.

Los pelaires, de senadores romanos.

Y los herreros, de emperadores romanos.

Detrás de esta comitiva iban algunos músicos á caballo y veinticuatro menestrales en trage militar, con franjas y galones de plata y oro y sombreros adornados con vistosas plumas y garzotas. Los doce primeros llevaban las insignias de gentiles-hombres de cámara de S. M. y los doce restantes ostentaban en sus pechos el toison de oro, y cerraba la marcha un vistoso carro triunfal tirado por seis mulas y guiado por cocheros lujosamente ataviados y acompañado de algunos volantes que llevaban hachas encendidas. El carro estaba pintado con pinturas alegóricas y estaba adornado con flores y follaje imitando oro. En su parte mas elevada dos hermosas jóvenes con insignias reales figuraban á los Reyes D. Fernando y D^a María Bárbara, cortados por una porcion de ninfas, con trages alegóricos. Una de ellas tenia en la mano una palma y

recitaba un sentido romance en que recordaba al pueblo la Real proclamacion de S. M. terminando esta representacion los músicos con algunas coplas, al tiempo que la ninfa arrojaba á la multitud versos y dulces y el concurso victoreaba á los Reyes y á los gremios.

Detrás del carro galopaban sobre briosos corceles tres artistas, los cuales habian sido comisionados por los gremios para dirigir la funcion. De este modo pasearon toda la ciudad, deteniéndose frente las casas del Ayuntamiento, Real palacio, palacio del Ilmo. Sr. Obispo, Inquisicion y algunos conventos de monjas, retirándose la comitiva á mas de las doce de la noche y quedando muy satisfecha toda la poblacion de los obsequios de los menestrales.

Esta misma noche tambien se celebró un lucido baile con numerosa concurrencia de señoras en la casa del Sr. D. Manuel Diez de Pinos, Secretario de S. M. y Tesorero general del Ejército y Reino de Mallorca. A mas de los adornos con que interiormente estaba adornada la casa, se veia en el patio descubierto una gruta de ochenta y cuatro palmos de largo y veinticuatro de ancho, con siete arcos sostenidos por hermosas pilastras formadas de mirto como lo demas de la gruta. Guardaban la entrada dos gigantes vestidos con pieles de tigre, armados de clava y broquel con el escudo de las armas reales. Divisábase luego un arco-iris, en que con transparentes letras se leia: *Vivan mis venerados Reyes Fernando y Bárbara*, y del tercer arco pendia una araña con doce velas y desde ella hasta las pilastras se estendian dos colgantes que decian: *Con acierto y prosperidad vivan*. Los demas arcos, adornados de flores y luces, solo se diferenciaban en los motes; en el cuarto habia estas palabras: *Para honor de la monarquía vivan*, y en el quinto: *Dejando inmortal la fama vivan*, cuyos vivas se dejaban leer triplicados en el fondo de la gruta. Sobre la puerta de la calle se habia improvisado un delicioso jardin, formado de limoneros, naranjos y otros árboles con variedad de flores artificiales que á primera vista parecian ser hijas de la naturaleza. En las concavidades de los arcos que formaban la pared de la gruta, habia unas transparentes pirámides de varios colores, que se elevaban proporcionalmente, rematando en unos globos de cristal que aprisionaban ardientes luces. En el fondo de la gruta estaba el retrato de S. M., rodeado de flores y coronado por un precioso dosél de damasco carmesí franjeado de oro y en los dos arcos colaterales dos vistosos colgantes de flores artificiales, tan artísticamente compuestas, que á todos parecieron naturales. Entre los muchos primores que se admiraron en esta obra, se notaban diez y siete animales volátiles y terrestres, llevando cada uno una letra en su pecho, diciendo todas *viva Fernando VI*.

IV.

Día 9 de Enero.—Cuarto de los festejos.

No contentos los mallorquines con los tres días de festejos para obsequiar á su Rey y Señor, quisieron prolongarlos dos días más y así fué que en la noche de este día hubo también luminarias, música y repique de campanas.

Al anochecer el colegio de señores notarios se reunió en el Real convento de padres Dominicos y junto con la comunidad hicieron una muy devota procesion rezando el Santísimo Rosario. Uno de los notarios llevaba el estandarte blanco orlado de oro, acompañado de dos de sus cólegas, con hachas encendidas como todos los demás. Seguían despues algunos religiosos interpolados con los individuos del colegio, acompañando al patriarca Santo Domingo que por ser español, pariente de nuestro Monarca y capellan de María, por triplicada justicia se ostentaba esta noche de gracia. Seguíanse otros religiosos y notarios con luces precursoras del sol de Aquino, el angélico Doctor Santo Tomas, detrás del cual iba una música. Poco despues venia la efigie del Santo Rey D. Fernando III de Castilla, amigo contemporáneo de Sto. Domingo, y cerraba la procesion un cuerpo de música que precedia al Tabernáculo de plata, en que debajo de hermoso y rico pálio, cuyas varas llevaban los cofrades del santo Rosario, se veneraba el Ave María, cortejada de cuatro angelitos que incesantemente arrojaban al pueblo cedulillas con versos compuestos para aquel asunto. Pasearon por delante las casas de la Ciudad, Real palacio y episcopal, Inquisicion y algunos conventos de monjas, en cuyos parages, despues de cantar los músicos, el P. Presentado Fray Estéban Tomas Figuerola, catedrático de Teología y calificador del Santo Oficio, ensalzaba las glorias de María, de Domingo y Tomas, recordando al mismo tiempo á los dos Fernandos.

El colegio de procuradores tomó también su parte en los festejos. Reunidos en los conventos de los padres Agustinos, organizaron otra procesion con los religiosos. Uno de los procuradores llevaba la bandera de damaseo color de perla, orlada de oro y en cuyo centro se veía bordada de oro al relieve la imágen de Santo Tomas de Villanueva. Iban todos precedidos de una música y acompañaban á su santo Patrono y procurador de pobres el ejemplarísimo arzobispo de Valencia el mencionado Santo Tomas, español muy querido de los católicos Monarcas. Rezaban el Rosario á la Inmaculada Virgen Nuestra Señora del Socorro, cuyo tabernáculo cerraba la procesion, acompañada de otra música y cantores que entonaban armoniosos villancicos. La procesion paseó por delante de Palacio y otras varias casas distinguidas y en las diferentes paradas dejó oír su voz el P. Fr. Mateo Cánaves, lector jubilado y examinador sinodal, manifestando que aquellos obsequios estaban enlazados con las glorias de María y de Tomas.

En esta misma noche el magnífico maestro de Guayta Lúcas Pons, quiso manifestar el singular afecto que profesaba á sus Monarcas. Dispuso que se verificara una gran cabalgata, en que al vibrante sonido de un clarín abria la marcha un personaje á caballo, vestido de arnés y capacete, llevando la espada desnuda. Seguía precedido de oboés y trompas un hermoso héroe, que enarbolaba un estandarte con las Reales armas, escoltado por cuatro guardias de Corps espada en mano. Detrás iban dos ginetes vestidos á lo heróico, y cuatro individuos que representaban las cuatro partes del mundo, con sus respectivos trages.

Traía toda la comitiva hachas encendidas, costeadas por el dicho maestro de Guayta, y acompañaban con mesurado paso un vistoso carro triunfal figurando una fragata, que sobre las bien imitadas nubes que la circuián parecia navegaba por el celeste hemisfério. Era su fondó colorado con guarnicion de flores y follages de oro, adornado con las Reales armas y tirado por seis mulas gobernadas por dos cocheros caprichosamente vestidos. Iluminábale, á mas de las luces interiores, doce eselavos moros con trages á la turca, que llevaban hachas de cera y sostenian los dorados cordones del aparejo.

En lo superior del carro estaba sentado el maestro de Guayta, representando al Dios Apolo, coronado de laurel y tañendo la lira. Servíale de precioso dosel un hermoso cielo iluminado, en el cual brillaba el sol con rayos de oro, circuido de los siete planetas mayores, y por las muchas luces que encerraba este carro bien podia llamársele carro del Sol. Acompañaban á Apolo otros dioses con vestidos y diviñas propias de aquella representacion, circuidos de agraciados jóvenes vestidos de ángeles, que con antorchas en la mano añadian mas luz al astro mayor. Ocupaba las gradas inferiores de esta nave triunfante un coro de músicos con sus instrumentos y adornos correspondientes, cerrando la retaguardia cuatro turcos montados, blandiendo sus alfanges.

(Se concluirá.)

LA PIPA DE CORIOLAN.

(TRADUCCION.)

III.

(Conclusion.)

Llegados á Bale dí un fuerte apretón de manos á Coriolan y me dirigí á mi casa. Pero al atravesar la plaza de la Catedral me encontré de manos á boca con un ingles que se levantaba como un obelisco entre dos inglesas.

La una, esbelta y jóven, me parecia hermosa bajo su velo de gasa azul; la otra estaba mas colora-

da que una amapola y era de edad dudosa.

Esta última estaba seriamente ocupada en conducir un faldero revoltoso que tiraba con todas sus fuerzas del cordón de seda que le sujetaba, obstinándose en no caminar, á lo que, milady exasperada le propinaba una serie de golpes de sombrilla que me hicieron reír.

Por último la sombrilla se tuerce, el cordón se rompe y el perrillo se escapa, y la inglesa, después de lamentarse amargamente, llama á su perro con los nombres más tiernos; pero el pequeño vagabundo se hace el sordo y corre á más no poder. Una idea luminosa cruza por mi mente y parto como el rayo en persecución del fugitivo, y después de una carrera estravagante y furibunda llego á cogerle de una pata y le llevo en triunfo á su propietaria.

Los ingleses son algunas veces ridículos: yo fui acogido como un salvador, recibido como un amigo, cumplimentado como un héroe. Lord Caffort me ofreció galantemente su casa y le visité al siguiente día, y gracias á Holofernes (este era el nombre del perro) me creé unas relaciones de las más agradables. Desgraciadamente lord Caffort había resuelto dejar muy pronto á Bale para marchar á Moscow, con el único objeto de hacerse servir en la *Gran fonda del Czar* ciertas pastas que uno de sus compatriotas le había alabado mucho y debía proseguir en seguida su ruta para irse á fumar una *brevé española* al pie de la torre de Babel, de la cual quería hacer una extensa descripción para insertarla en las columnas del *Times*.

Su hija, mis Lucy, era bella como una inglesa que todavía no está fastidiada de la vida; de mejillas sonrosadas y de cabellos rubios como el oro, de ojos azules y una boca... pero cómo pintaros su angelical hermosura? Creéis que una joven bella se describe como un paisaje ó se detalla como un museo? Ella pasa rápida y ligera como una visión encantadora dejando el alma envuelta en una aureola deslumbradora.

Lucy era divinamente bella.

En cuanto á mis Irene, hermana de lord Caffort y ama de Holofernes, ya era otra cosa. Recta como un hilo tirado á plomo, larga como una caña, de ojos verdes y de cabellos rojos. Yo encontré que se parecía mucho al duque de Wellington, y por apéndice era coqueta y sentimental.

Mi encuentro fué para ella una buena fortuna y más de una vez, al darla el brazo, yo sentí la presión significativa y tierna de su mano grande.

Por otra parte, yo amaba á Lucy, la amaba apasionadamente, y la adorable mis ¡oh dicha inesperada! correspondía á mi amor. Desgraciadamente entre nosotros se levantaba la larga figura de lord Caffort, que de seguro jamás había pensado en ofrecerme la mano de su hija.

Lucy tenía dos millones de esterlinas en cada mano; por toda fortuna yo no poseía más que mi castillo del *Lanscrone*.

Pero yo era amado. Qué hacer? Yo no veía más que un camino que seguir: robar á la joven mis.

Sobre el particular la hablé un día y la vi temerosa, conmovida, luchando entre el temor y la sorpresa, dudando entre su padre y su amor. Pero cuando ella hubo comprendido que su padre no estaría muy orgulloso de tenerme por yerno, me tendió con amor su mano y me confió su destino.

Yo era feliz y estaba orgulloso de mi mismo.

Entretanto mis Irene continuaba prodigándome miradas y sonrisas, las que servían para ocultar á los indiscretos mi amorosa intriga con Lucy; yo no era ingrato con la vieja señora, pues respondía á sus insinuaciones con ardoroso entusiasmo.

A Lucy no se le escapó aquella táctica y los dos nos reímos de su pobre tía.

En fin, lord Caffort, una tarde nos anunció su irrevocable partida.

Las famosas pastas le atraían irresistiblemente hacia Moscow.

A tan repentina nueva Lucy y yo nos dirigimos una mirada furtiva y me retiré en seguida á mi casa donde la escribí el siguiente billete.

«Mañana, á la media noche, un carruaje os aguardará á la puerta del jardín, y con un golpe de látigo del postillón, mi bien amada, nos veremos libres y felices por toda la vida. Nos iremos á mi castillo del *Lanscrone*: no podemos encontrar un refugio más seguro ni mejor.»

«Mañana, al anochecer, vendré á recibir vuestra respuesta bajo el cenador de las clemátides.»

Doblé mi carta y me dirigí en seguida al palacio de Caffort. Oh perspicacia del amor! Oh dicha! Mi mirada había sido fielmente interpretada por Lucy. Nuestros corazones se habían comprendido. Al través de la reja de hierro distinguí un vestido blanco. Era mi encantadora Lucy que me aguardaba. Pasé un cigarro entre las dobleces de mi carta, la tiré al aire describiendo una curva y fué á caer á los pies de Lucy. Ella lanzó un débil grito, recogió la carta y desapareció al través de los arbustos del jardín.

Al anochecer me dirigí al sitio de la cita. La contestación estaba al pie de una clemátide; yo la tomé temblando, la llevé á mis labios y la leí.

Lucy aceptaba, pero con dos condiciones: la de marchar sola al *Lanscrone*, donde la entrada no me sería permitida hasta el siguiente día. Lucy quería recogerse y meditar; meditar, en un día de amor y de felicidad!... Las inglesas tienen también cosas que hacen reír. La segunda era que debía ir acompañado de un sacerdote que bendijera nuestra unión. Debíamos tener por altar un montón de follage, por luces el sol, por dosel el azul cielo y por testigos las golondrinas.

Una hora después ya estaba en el *Lanscrone* y preparaba el gabinete de mi querida Lucy. Mi castillo no parecía el mismo. Las ruinas habían casi desaparecido. Los lagartos y las ratas habían sido espatriadas por las llamas y quemadas como los hereges. En cuanto á las comadrejas y á los gatos monteses les había dado algunas funciones de fue-

gos artificiales y les había hecho ver tantas luces que habían huido lanzando gritos desesperados.

Yo hice una maravilla del gabinete de Lucy. Figuraos las paredes cubiertas de follage, el suelo de fino musgo, y las ventanas con marco de flores. Por muebles, un lecho mas blanco que la nieve, y una mesita rústica, sobre la cual había una Biblia, frutas perfumadas y algunas lonjas de jamon de York, al cual son tan aficionados los ingleses.

A la puerta de este santuario coloqué de centinela á un viejo soldado del imperio, valiente y fiel hasta la muerte, armado hasta los dientes y retorné á Bale.

Por la noche fuí á despedirme de lord Caffort, que partía á la mañana del siguiente dia y me invitó amigablemente á que le acompañara en su viage, invitacion que me era imposible aceptar, pues en aquel mismo dia precisamente debia tener el honor de desposarme con su hija. Al estrechar la mano de tan escelente hombre yo no podia contener la risa y mas al pensar que en breve debia llamarme su yerno.

En seguida me dirigí á mis Irene, que me anunció con un aire significativo que ella abandonaria á su hermano y regresaria á Lóndres, lo que me era indiferente.

En cuanto á Lucy, me dijo su tía, que estaba algo indispuesta y se habia retirado á su habitacion. No la pude ver aquella noche á pesar de haber hecho algunas insinuaciones á su padre so pretexto de ofrecer mis respetos á su hija.

IV.

Las doce de la noche acababan de dar en el reloj de la puerta de San Pablo, y el coche ya estaba esperando al lado de la reja del jardin de lord Caffort.

A caballo, envuelto en mi manta de viage, armado de puñal y de pistolas, como si tuviera que atravesar la *Sierra Morena*, estaba discretamente retirado bajo los arcos de una casa deshabitada, esperando, inmóvil como una estatua ecuestre. De pronto la puerta del jardin se abre silenciosamente; una sombra se dibuja y se lanza al interior del coche, que parte como una flecha.

—Victoria!... ¡oh dicha!... Lucy es mia.... Adios, mis Irene! Adios, noble Caffort, mi venerable padre!... ¡Ah! perdonad si os robo á vuestra hija; pero, qué quereis? Lucy es tan bella y nos amamos tanto!....

Salimos de la ciudad; el coche rodaba con una velocidad creciente y mi caballo galopaba tras él. En nuestro rápido camino las montañas desaparecian, cruzábamos los valles y los árboles volaban. De todas partes veia surgir mil visiones encantadoras, y era la angelical figura de Lucy que me acompañaba y que se multiplicaba hasta el infinito. Yo la veia flotar en medio de las nubes, desaparecer detrás de las acacias y aparecer por entre los rosales.

Por fin al trasponer una colina ví aparecer un blanco fantasma: era mi castillo de *Lanscrone*. El coche llegó al pié de la montaña y siguiendo el camino que conducia á las ruinas desapareció....

Y yo no podia seguirle!.... Suspirando me dirigí á pasar la noche al *Leon de Florencia*. Desde la ventana de mi habitacion se distinguia el *Lanscrone*: todavia podia ver á Lucy.

Nunca mi castillo me habia parecido tan poético, tan imponente. Aquí un torreón mutilado proyectaba en el espacio el perfil de una enorme esfinge coronada de estrellas; allá el cielo aparecia al través de los muros derrocados por los siglos y formaban los arcos de un puente gigantesco sobre los cuales las nubes se paseaban como sombras. La luna aparecia suspendida en medio de las torrecillas y de los montones de piedras que de todas partes se destacaban del edificio, pareciendo otros tantos fantasmas apostados al pié del viejo *Lanscrone*.

Todo estaba espléndido. Y lo que sobre todo cautivaba mi atencion, no era ni la luna, ni las estrellas, sino un pequeño punto luminoso que se veia brillar al través de la ventana de Lucy. Aquella débil luz parecia decirme: Aquí es donde ella está, donde te espera....

La luz desapareció desvanecida por los primeros rayos de la aurora, y entónces me tendí sobre el lecho durmiéndome con un sueño profundo.

V.

El personaje que interrumpió mi sueño fué el venerable capellan Beaumann, al cual habia avisado la víspera y que venia para casarme. Entró gravemente, con su descomunal sombrero en la mano, con su vieja Biblia bajo el brazo y sacando lentamente de su bolsillo un reloj, grande como un huevo de cigüeña, me dijo con voz solemne:

—Son las nueve; ya es hora de que os levanteis y de que nos pongamos en camino.

El digno hombre hablaba como si tuviera que conducirme al cementerio.

Un cuarto de hora despues llegaba jadeante y trémulo al *Lanscrone* y al través de la espesura de las madre selvas distinguí un vestido blanco, una jóven sentada entre las margaritas y los botoncitos de oro. Yo me acerqué sin ruido y me arrodillé á sus piés.... Oh mi Lucy!... Pero, qué es lo que veo ¡gran Dios!... Irene!... La tia Irene!... Cielos! qué es lo que habia hecho? Era la vieja señora á quien yo habia robado. Era á sus piés donde fué á caer la carta que yo habia tirado al jardin. Era ella quien puso bajo las clemátides la contestacion que me habia inundado de alegría.

A su vista me quedé mudo, frio, atontado y lancé un grito de rabia y de desesperacion. Irene, asustada, se arrojó en los brazos del sacerdote estupefacto, y yo me lancé por entre las ruinas, saltando de roca en roca y me dirigí corriendo al *Leon de Florencia*, monté á caballo y á escape volé al palacio de lord Caffort; los balcones estaban cerrados y

perdí toda esperanza al leer estas palabras: *Este palacio se alquila.*

El conserge fumaba tranquilamente en su pipa al sol, y le pregunté con voz temblorosa:

—Lord Caffort?....

—Ha marchado esta mañana: pero ahí teneis sus señas: Gran fonda del Czar, en Moscow.

Despues de esta malaventura resolví dejar á Bale y deshacerme de mi castillo que tan tristes recuerdos tenia para mí. Su vista me era insoportable; me parecia que las torrecillas me hacian muecas bailando delante de mí, y que las grietas de los muros se transformaban en otras tantas bocas que riendo se me mofaban.

Hice fijar carteles y anuncié mi castillo en venta.

El Correo del alto Rhin insertó tan gran noticia y el tambor de Enigenthal la anunció con grandes redobles en la plaza pública.

Pero no se presentó ningun comprador.

Solo el posadero que me lo habia vendido me ofreció cincuenta francos, y todavía, me dijo él, para que le quedara agradecido.

Nada respondí á tan impertinente oferta. Me resolví á abandonar mi castillo á las comadreas y á los gatos monteses, y en el momento de partir Coriolan me detuvo diciéndome tenia que hacerme una importante comunicacion. Se cruzó de brazos, tomó la actitud grave de un diplomático ó de un hombre de negocios y me propuso cambiar mi castillo por su pipa.

A esta proposicion mi mano estrechó la del jóven pintor y el trato quedó cerrado entre dos carcajadas. Pero teniendo que separarnos, Coriolan quiso fumar con su pipa por la última vez. Se sentó, sacó con mucho recogimiento su cabeza de macho cabrío, llenó de tabaco el pozo que se abria entre los cuernos, encendió una cerilla y en silencio y suspirando á cada bocanada de humo, consumó el sacrificio, entregándomela mojada por una lágrima.

Entónces nos echamos uno en brazos del otro, y yo partí para..... Moscow. Pero cuando llegué á la *Gran fonda del Czar*, lord Caffort y su hermosa hija se habian puesto en camino para Babilonia.

Como me era imposible dar la vuelta al mundo en persecucion de mi amada, retorné á Paris, y ya no volví á ver más á Lucy, á mi querida Lucy, que debe tenerme por un infiel.

Como consuelo me queda la pipa de Coriolan..... Hoy dia es muy vieja; ha perdido un ojo y un cuerno y esa doble pérdida la dá un aspecto mas fantástico.

De tiempo en tiempo fumo en ella para distraer mi soledad y entónces siento renacer los recuerdos de mi juventud y de mis tristes aventuras.

Al través de los torbellinos de humo veo espumar los vasos de la *Cerveceria del Salvage* y surgir las torrecillas del *Lanscrone*, y veo pasar la faz alegre y risueña de Coriolan y la dulce figura de mis Lucy.—*M. B. y C.*



A UNA MARIPOSA.



Mariposa, que volando
Cruzas los valles ligera,
Plega tus alas y espera
A la que aquí vive amando.

Sigue otro rumbo en tu vuelo
Sin que te atraigan las flores,
Que están léjos mis amores
Y en ellos tengo mi cielo.

Vuela y llega á su presencia
Y dile al ver su emocion
Que mi triste corazon
Vive triste con su ausencia.

Que léjos del bien que adora
Mi alma sufre cruel quebranto,
Que sin su luz y su encanto
En su soledad le llora.

Y al preguntarle si me ama
Me guardarás el secreto,
Porque el mundo es indiscreto
Y sin piedad hiel derrama.

Cuéntale mis sufrimientos,
Mis penas desgarradoras,
¡Ay! y dile que son horas
Léjos de él los momentos.

Mas si al volar, mensagera
De mis ensueños de amor,
Encuentras la amante flor
Que solitaria te espera,

Sobre su cáliz hermoso
Plega un momento tus alas,
Y con su aroma y sus galas
Vas volando sin reposo

Hácia donde vive el alma
Que la mia tiene en prenda,
Y se lo dás como ofrenda
De la que vive sin calma.

Le dirás que sufre tanto
Sin su dulce compañía,
Que suspira el alma mia
Y mis ojos vierten llanto.

Y mientras tú vas volando
A su lejana morada,
Yo tu próxima llegada
Aguardaré suspirando.

Con los ojos de mi alma
Te seguiré en tu carrera;
Adios y vuela ligera
Que está mi ventura en Palma.

LA PAZ EN LA VIDA OSCURA.

Levánteme una mañana
De un claro y hermoso día,
Y asómeme á la ventana
Cuando el sol amanecía.
Con luz de encendida grana.

Ví un fresco campo rodeado
De un bosque en cuya espesura
Nunca el sol ha penetrado,
Fronroso valle alfombrado
Con flores sobre verdura.

Fresco valle que atesora
Las mas primorosas flores,
Cuya fragancia y primores
Se ostentan cuando la aurora
Vá á descubrir sus primores.

Limita el valle frondoso
Por un lado una montaña
Que toca al cielo espacioso
Y por otro el mar undoso
Que la blanca arena baña.

A mis piés mansa corriente
De un arroyo murmuraba
Perdiéndose lentamente
En el césped floreciente
Que aquel jardín tapizaba.

No bien la vista tendí
Por la esplendente campiña,
Frisando entre flores ví
Una encantadora niña
Mas hermosa que una Huri.

Era cual la mariposa
De bellísimos colores
Que en los cálices se posa
De las perfumadas flores,
La miel buscando afanosa.

Mas allá ví un labrador,
Precedido de la yunta,
Que principia su labor
Cuando Febo en Este apunta
Con su carro abrasador.

Del anciano labrador
Era la dicha mayor
Mirar aquella doncella
De aquel valle la mas bella,
La mas primorosa flor.

Perdida la dulce esposa
Que un tiempo le acariciaba
Como su madre amorosa,
Aquella hija le quedaba
Tierna, cándida y hermosa.

Al recordar de su vida
Horas de infortunio llenas,
Miraba su Inés querida,
Y al verla alegre, enseguida
Se olvidaba de sus penas.

De su trabajo vivía
Y con afán trabajaba
Un día trás de otro día
Des que la aurora apuntaba
Hasta que el sol se ponía.

Toda su hacienda heredada
Era una blanca casita
Que al servirle de morada
Por el cielo fué bendita,
Por la virtud habitada.

Hoy es el viejo virtuoso
Tambien mi padre, dichoso
Con Inés, que ya es mi esposa,
Allí paso venturoso
Mi juventud deleitosa.

¿Quién hay que al ver mi ventura
Por tal cielo no trocara
El bullicio y la locura
De una corte y no buscara
La paz en mi vida oscura?

J. E.

AYER Y HOY.

I.

Ayer besaba tu frente
Y ni una sombra manchaba
La frente que yo besaba
Con puro lábio inocente.

Hoy, á través de la edad,
Me olvidaste y te olvidé,
Tú me miras con frialdad,
Yo digo—á los piés de usted.

Y nunca llega atrevido
A turbar del alma el sueño
Ningun delirio alhagüeno,
Imágen del bien perdido.

II.

Encerrado hay todo un mundo
Entre el hoy y entre el ayer,
Y el beso, idioma fecundo,
Marca el límite profundo
De la niña á la mujer.

Málaga.—A. JEREZ.

EL PRIMER SUEÑO DE AMOR.

Dime, niña de mi vida,
 Cuando en la noche callada
 Te meces medio dormida
 Por el céfiro alhagada
 Como aéreo serafín
 En tu lecho de jazmín,
 Que es santuario del pudor,
 ¿No has sentido por tu mente
 Deslizarse blandamente
 El primer sueño de amor?

Al leve rumor del ala
 Del serafín que te guía
 Y de sus labios exhala
 Torrentes mil de armonía,
 En la noche al caer tus rizos
 Sobre los castos hechizos
 De tu seno encantador.
 ¡Ángel mio! ¡mi paloma!
 ¿No has respirado el aroma
 Del primer sueño de amor?

¿No has sentido blando beso
 Que el ánima estremecía
 Y con mágico embeleso
 Entre tus labios hervía?
 En la cortina que roba
 La luz del sol á tu alcoba,
 Blanca, como tu candor,
 ¿No has visto que se retrata
 Cual crepúsculo de plata
 El primer sueño de amor?

Cuando la luna refleja
 En tus blancas muselinas
 Y mece el aura en tu reja
 Jacintos y clavellinas,
 Y á empaparse en tu sonrisa
 Viene la nocturna brisa
 Apagando su rumor...
 ¿No has visto cruzar, hermosa,
 Como aérea mariposa
 El primer sueño de amor?

La brisa de la mañana
 Cuando columpia tus flores,
 ¿Nunca te mintió lejana
 Una música de amores,
 Una música más suave
 Que los gorjeos del ave
 De la aurora al resplandor?
 ¡Ay! era gacela mía,
 La purísima armonía
 Del primer sueño de amor.

Que las vírgenes tranquilas
 Cuando al sueño os entregais,
 Entre azucenas y lilas

En otro mundo vagáis,
 Y son aquellas regiones
 Paraíso de ilusiones,
 Eden de mirtos en flor
 Que bajo un cielo de grana
 Os colora y engalana
 El primer sueño de amor.

V. S. P.

A. P.

La nube lleva en su preñado seno
 La fiera tempestad,
 Descarga el rayo... y el espacio alumbra
 Del sol la majestad.

Del árbol verde el aterido invierno
 Marchita su verdor;
 Despierta mayo... y á la flor devuelve
 Su frescura y color.

La tierra gira y sigue así el destino
 Que Dios le señaló;
 Todo vuelve á su punto de partida
 Mas ¡ay! el alma nó.

CANTARES.

Ví en medio del mar azul
 Salir la luna tranquila,
 Y pensé que era mi amada
 Que á la ventana salía.

Yo soy cual la golondrina
 Que nunca olvida su nido;
 Pues al terminar mi ausencia
 Busco el pecho en que he vivido.

¡Cuánto he soñado contigo
 Bajo aquella pasionaria!
 No se lo digas á nadie,
 Pues te llamarán ingrata.

Solucion de la charada del número anterior.

NATALIA.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Dentro de muy pocos días, en el número próximo probablemente, volveremos á continuar nuestra interrumpida tarea, salga el sol por donde salga.